

ORACION POR LA FAMILIA

Oh, Dios, que en la Sagrada Familia nos dejaste un modelo perfecto de vida familiar vivida en la fe y la obediencia a tu voluntad. Ayúdanos a ser ejemplo de fe y amor a tus mandamientos.

Socórrenos en nuestra misión de transmitir la fe a nuestros hijos. abre su corazón para que crezca en ellos la semilla de la fe que recibieron en el bautismo. Fortalece la fe de nuestros jóvenes, para que crezcan en el conocimiento de Jesús.

Aumenta el amor y la fidelidad en todos los matrimonios, especialmente aquellos que pasan por momentos de sufrimiento y dificultad.

Unidos a José y María, te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo nuestro Señor. Amén.

CONCIERTO, 29 de diciembre: por error en la "Hoja Parroquial del domingo 19 de diciembre anunciamos para el día 28 de este mes el concierto del "CORO TROVADA", este concierto es el miércoles, 29, a las 20,30 horas

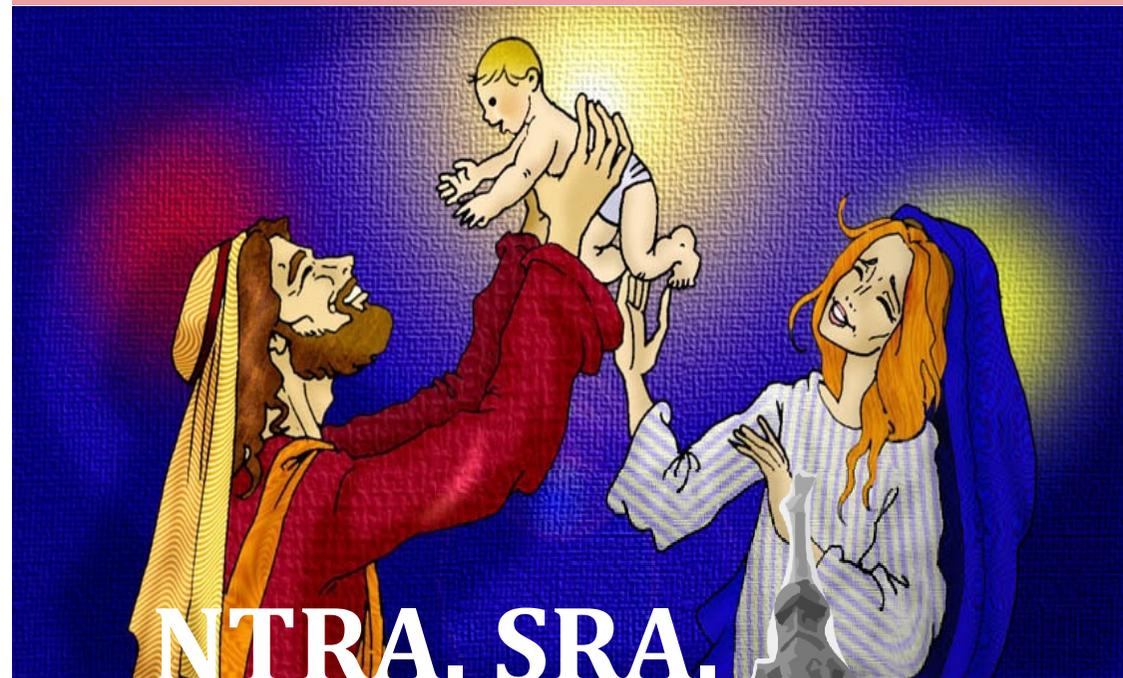
Comunidad en Camino

LA SAGRADA FAMILIA
Ciclo "A"

PP. DOMINICOS - MADRID

26 de Diciembre
de 2.010

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 <http://www.parroquiadeatocha.es>



NTRA. SRA. DE ATOCHA

"Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise"



La Sagrada Familia (26 de Diciembre 2010)

La primera lectura de este domingo está tomada del Ben Sirá o Eclesiástico. Tener un padre y una madre es como un tesoro, decía la sabiduría antigua, porque sin padre y sin madre no se puede ser persona. La familia está formada por unos padres y unos hijos y nadie está en el mundo sin ese proceso que no puede reducirse a lo biológico. No tenemos otra manera de venir al mundo, de crecer, de madurar y ello forma parte del misterio de la creación de Dios. Por eso el misterio de ser padres no puede quedar reducido solamente a lo biológico. Eso es lo más fácil, y a veces irracional, del mundo. Ser padres, porque se tienen hijos, es un misterio de vida que los creyentes sabemos que está en las manos de Dios.

La tradición litúrgica reserva este primer domingo después de Navidad a la Sagrada Familia de Nazaret. El tiempo de Nazaret es un tiempo de silencio, oculto. Es ahí donde Jesús se hace hombre también, donde su personalidad psicológica se cincela en las tradiciones de su pueblo, y donde madura un proyecto que un día debe llevar a cabo. Nazaret, hoy y siempre, es una sorpresa, porque es una llamada eterna a escuchar la voz de Dios y a responder como lo hicieron José y María, y así se lo enseñaron a Jesús. Ellos le hablaron de Dios y le enseñaron a ir a la sinagoga, a leer la Escritura, los profetas especialmente por los que quedaría fascinado... El profeta de nuestra salvación tuvo, pues, en Nazaret, una familia como nosotros.

Eclesiástico 3, 2-6.12-14
Colosenses 3, 12-21
Mateo 2, 13-15.19-23

Sin duda es siempre tentador para toda familia encerrarse en su propia felicidad. Tratar de construir un “hogar feliz”, de espaldas a la infelicidad de otras familias o de otros hombres y mujeres, privados incluso de hogar o sufriendo en estos momentos la cruel crisis económica que pasamos.

Naturalmente, se vive el amor “de puertas para dentro”. Se estrecha la solidaridad a los límites familiares. Y la gratuidad queda reducida al mundo privado de los intereses familiares. El amor no supera los lazos de la sangre. Naturalmente, esto sólo es posible en una postura de evasión y desentendimiento de los problemas y sufrimientos ajenos. Nos mantenemos al margen, sin hacernos responsables de los problemas de los demás.

Con frecuencia, el deseo sincero de muchos cristianos de imitar en el propio hogar a la sagrada familia de Nazaret ha ido acompañado de este ideal de lograr una armonía y felicidad familiar. Y esto es bueno. Sin duda, necesario también estimular y promover la autoridad y responsabilidad de los padres, la obediencia de los hijos y la solidaridad familiar, valores sin los cuales fracasará la familia.

Pero sería una equivocación creer que es esto lo único que la familia cristiana tiene que escuchar en el evangelio de Jesús. El amor cristiano no tiene límites ni puede quedar restringido egoístamente en las fronteras del propio hogar. Nos lo recordaba Juan Pablo II: “Vosotras, familias que podéis disfrutar del bienestar, no os cerréis dentro de vuestra felicidad, abrid a los otros para repartir lo que os sobra y a otros les falta”.

El hogar cristiano debe estar abierto no sólo para acoger a los necesitados sino para que sus miembros salgan a responsabilizarse y comprometerse en el esfuerzo de una sociedad mejor.